

“Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz.” Francisco (Lumen Fedei)

*Hallar a Dios en
todas las cosas,
especialmente en
el Sufrimiento y
Dolor*

Gloria Inés Hernández C.

Octubre de 2013

A Dios, por todo y por tanto.

A Emmita, más que una amiga, una verdadera hermana.

A José María, por los cafés compartidos y su sabio consejo.

Al P. Hernando, por su apoyo sincero y desinteresado.

A ti nena, por regalarme la gracia de ser madre y permitirme inventar “otras formas de amar”

1. Desde la serenidad de la vida...

“La gracia no depende de que exista el sufrimiento, pero donde hay sufrimiento hallarás gracias, en muchas facetas y colores.” W P Young¹

En un momento de mi existencia en el cual la paz, la plenitud, la certeza del amor de Dios inunda mi alma, he querido hoy compartir algunas reflexiones, de esas que tal vez puedan sonar repetitivas porque ya las hemos escuchado en otras líneas, de esas que pueden parecer sin sentido a primera vista, pero que para mí son el reflejo de la Gracia de Dios en aquello que parece “DesGRACIA”.

Hace aproximadamente un mes saludé a un amigo muy querido, quien como siempre me preguntó, con su cálida sonrisa y su mirada atenta (así imagino el encuentro con Jesús): “¿cómo estás?” y se quedó en silencio, esperando mi respuesta; contesté “bien, muy bien... no imaginas cuánto. Estoy feliz, pero sobre todo estoy llena de paz... de esa paz que hace un año te dije que había perdido y que no lograba hallar, de esa paz que inunda tu corazón y te llena de una certeza tan real, como inmensa: Dios está conmigo, está dentro de mi corazón, haciéndome sentir muy amada y bendecida por Él, siempre y en cada momento”

Y mi amigo, con la sabiduría que lo caracteriza, no se contentó con decir “me alegra”, me miró y me dijo: “debes pensar qué pasó, cómo lo lograste”... y allí surgió una conversación más profunda, que terminó para mí en una confirmación: el deseo que mi ensayo final del Magis IV sea un compartir con laicos, con cristianos, inmersos en este mundo – lleno de retos, afanes, agobios, esperanzas y desesperanzas – este mundo que, solamente puede cobrar un sentido real si aprendemos a hallar a Dios en todo momento, pero sobre todo si aprendemos a sentirlo y a dejarnos guiar por Él en los momentos de dolor y sufrimiento.

¹ W P Young, *La Cabaña*. Editorial Diana, S.A. de C.V. México 2009, 142

Parafraseando la palabras del Papa Francisco en Lumen Fidei², esta experiencia ha sido la confirmación del sufrimiento en la vida de todo ser humano, sufrimiento al cual el cristiano puede darle sentido si logra convertirlo en una acto de amor, en un acto de confianza hacia ese padre – madre que no nos abandona y que por el contrario como todo buen padre o madre, contribuye al crecimiento de su hijo/a.

2. Desde el relato de Job...

“En la debilidad y en el sufrimiento se hace manifiesto y palpable el poder de Dios que supera nuestra debilidad y nuestro sufrimiento” Francisco³

“Después de esto, Job rompió el silencio y maldijo el día de su nacimiento. Tomó la palabra y exclamó: ¡Desaparezca el día en que nací y la noche que dijo: "Ha sido engendrado un varón"! ¡Que aquel día se convierta en tinieblas! Que Dios se despreocupe de él desde lo alto y no brille sobre él ni un rayo de luz... Que se oscurezcan las estrellas de su aurora; que espere en vano la luz y no vea los destellos del alba. ¿Por qué no me cerró las puertas del seno materno ni ocultó a mis ojos tanta miseria?. ¿Por qué no me morí al nacer? ¿Por qué no expiré al salir del vientre materno?, ¿Por qué me recibieron dos rodillas y dos pechos me dieron de mamar? Ahora yacería tranquilo, estaría dormido y así descansaría...”⁴

La experiencia y la vida espiritual del ser humano, pasa en oportunidades por situaciones de tanto dolor que este grito de Job se vuelve a hacer actual en las personas ante diferentes momentos de su existencia. Esa sensación de que el dolor y el sufrimiento desbordan su capacidad de comprender, de resistir y, sobre todo de encontrar sentido.

² S.S. Francisco, Carta Encíclica Lumen Fidei, <http://www.vatican.va>. Ciudad del Vaticano, 2013.

³ Ibid., 76

⁴ Sagrada Biblia Latinoamericana, Job 3; 1-4, 9-13

Ante tales circunstancias surgen voces cercanas (amigos, familiares) intentando ofrecer consuelo con expresiones como: “ten paciencia, es la voluntad de Dios”, o “Dios sabe cómo hace sus cosas”, pero NO, ese no puede ser nuestro Dios, no puede ser el Dios al que Jesús nos invitó a llamar Abba, Padre... no es el Dios que he ido descubriendo cada vez con más fuerza en mi corazón.

Y entendámoslo bien, al decir “tanto dolor” no estoy haciendo mención solamente a grandes tragedias, aunque también estén incluidas, porque el dolor es algo muy subjetivo - tanto el dolor físico, como el emocional - depende de muchos factores, como experiencias previas, fortaleza de la persona, el contexto que la rodea, los apoyos con los que cuenta y la capacidad de recibirlos, sus recursos internos, su manejo espiritual, el momento de vida en el cual ocurre la situación. De tal manera que con esa expresión estoy haciendo referencia a aquellos momentos en los cuales nuestros ojos no pueden ver la luz, aunque afuera el sol este brillando, nuestra alma no logre sentir la paz, aunque la brisa nos esté arrullando.

Desde el Génesis, la biblia nos presenta a Dios como Dios amor, Dios creador, Dios amante de su pueblo, que crea la naturaleza y se complace de su hermosura, que crea la tierra, las aguas, los animales y las plantas y sabe que todo ello es bueno y que finaliza su creación con su obra máxima, el ser humano, al que ama como a un hijo y por tanto quiere libre, grande, feliz. Entonces, cómo pretender que sea su voluntad el sufrimiento humano, o que tras él tenga alguna intención, que vista de esta manera hasta parece una “obscura intención”. Sobre todo cómo creerlo así después de conocer a Jesús, que con su forma de amar, con su compasión, con su misericordia vino a mostrarnos y ayudarnos a entender ese amor infinito de Dios Padre.

Esos son momentos especiales para aceptar la invitación que San Ignacio nos hace de “buscar a Dios en todas las cosas”, pero la pregunta que acá surge es y ¿Cómo hallar a Dios en las situaciones de miseria, pobreza, desplazamiento,

violencia, dolor que viven día a día tantas personas? ¿Cómo no terminar sintiendo que ese sería un dios injusto, un dios cruel o un dios insensible al permitir el sufrimiento de las personas? Quizás esa fue la pregunta que me planteó mi amigo, la de tomar conciencia de cómo tras una vivencia muy dolorosa y desgarradora para mi vida, se fortaleció en mí la fe, la esperanza, la paz y la certeza del amor de Dios, pero además de ello, el deseo de comprometerme cada vez más con quienes sufren y, de llevar a sus vidas una palabra de esperanza, o más bien, una forma de recuperar la esperanza.

Retomando la historia de Job, se puede ver cómo el profeta que antes proclamaba la grandeza de Dios, las maravillas de su obra y era dócil a su voluntad, ante las adversidades reconoce su pequeñez y se enfrenta ante el sinsentido, el cual lo lleva a iniciar un diálogo muy especial con su Dios, un diálogo que deja ver la desolación de su corazón, que deja ver cómo se apodera de él la desesperanza, hasta desear la muerte o aún peor, no haber nacido nunca. Sin embargo, en medio de todo su sufrimiento, su angustia, su ira, hay algo especial que destacar: Job siempre permanece fiel a Dios, discute, reclama, pregunta, pero su oración nunca falta, como tampoco el acompañamiento de los sabios, aquellos que desde su finitud intentan ayudarlo a encontrar sentido a su dolor. Y acá dejó plasmadas dos maneras de cómo hallar a Dios en el sufrimiento: la oración y el acompañamiento, las cuáles retomaré más adelante.

3. Desde la cruz y la desolación:

*Viendo la unión de Cristo con el Padre,
incluso en el momento de mayor sufrimiento en la cruz (cf. Mc 15,34),
el cristiano aprende a participar en la misma mirada de Cristo. Francisco*⁵

El sufrimiento humano es una realidad, de eso no hay duda, esa experiencia de Job, no es muy distinta a la de cualquier colombiano, sirio, mexicano, que resulta ser desplazado de su tierra, alejado de su gente, mutilado a causa de la violencia,

⁵ Ibid., 78

o de un conflicto armado o político que apenas entiende, o de la dureza de un evento de la naturaleza que destruye todo a su paso. Pero también la de cualquier padre o madre de familia que queda sin empleo y no sabe cómo llevar el alimento a sus hijos, o aquel joven que no logra encontrar su lugar en el mundo, o aquella chica que decidió abortar y se siente llena de culpa e inmerecedora de una buena vida, incluso de aquel político corrupto que ya no sabe cómo escapar de las redes que lo esclavizan al dinero y al poder.

El dolor y la angustia se convierten en compañeros de camino, como lo fueron para los samaritanos, para las mujeres, para los pecadores y para tantos seres en la época de Jesús. Y es precisamente ese dolor y esa angustia lo que Él desea acabar, es contra todas aquellas situaciones que los producen, contra lo que se revela y es ese el consuelo que quiere dar a las personas cuando anuncia la llegada del Reino.

Y es que Jesús no habla del sufrimiento desde la distancia, la teoría o desde una posición privilegiada... de ninguna manera. Habla del sufrimiento desde quien ha vivido el desplazamiento de su familia siendo todavía un niño de brazos, desde quien ve la incompreensión de los demás ante el pensamiento diferente, desde quien tiene que sufrir el dolor de la pérdida de su amigo o la traición de quien era parte de su comunidad. Jesús se compadece y siente con entrañas de misericordia el dolor del otro porque vio y vivió la dificultad desde el vientre de su Madre, desde el seno de su hogar, porque es algo que para Él no es lejano. Y, cómo encontrar sentido a este sufrimiento, o mejor cómo hallar a Dios en ese sufrimiento?

En su libro de Teología para Comunidades, José María Castillo presenta en el capítulo 10 la muerte de Jesús, la muerte del hijo de Dios, en él ayuda al lector entender que dicha muerte no fue el producto de un padre despiadado que envió a su hijo a morir de la forma más humillante y dolorosa de la época, para redimir los

pecados de la humanidad, de ninguna manera. Tampoco es una acción premeditada de Jesús para terminar en su propia destrucción. Refiere el autor *“Ante los ojos de sus seguidores, la muerte de Jesús representó un total fracaso, pues la muerte en cruz en ese momento representaba la muerte de un maldito, un condenado, un desautorizado total por parte de Dios y de sus representantes del mundo. Y Jesús murió así...”*⁶

No solamente eso, al final de su vida, como Job, también clamó al padre, también en medio de su dolor salió el grito desgarrador: *“Elí, Elí, lemá sabactani?” (... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?)*⁷ Jesús mismo en ese momento de su existencia sintió el dolor y la angustia.

Definitivamente no se refiere a una desolación como la que experimentó Job durante tantos años de su vida, pero sin duda estas palabras reflejan la humanidad misma de Jesús, su dolor, su angustia ante el sufrimiento y la muerte, esa muerte en cruz que posiblemente generó en él la sensación de soledad, de fracaso, de vacío. Sin embargo, nunca deja de estar en contacto con su Padre, nunca deja de llamarlo, nunca deja de comunicarse con Él y de referirse a Él, aún en ese duro momento, tenía la certeza de que su padre lo escuchaba, que estaba ahí, que estaba con Él, por eso con la libertad y el amor propios de la relación padre – hijo se atreve a lanzar esa súplica “porqué me has abandonado”.

Es la misma súplica que lanzó Job, aquella que en medio de su dolor se convierte también en una muestra clara de una relación profunda con Dios y deja ver desde la finitud de la naturaleza humana, la gran necesidad que tenemos de Él, no tanto de respuestas concretas, como si de la certeza de su presencia y de su amor infinito en nuestras vidas. Es la misma súplica que lanzan hoy tantas y tantas almas que se sienten abatidas y que no logran hallar respuesta a sus inquietudes,

⁶ CF Castillo. *Teología para Comunidades*. Ediciones Paulinas. España, 1990, 163

⁷ Sagrada Biblia Latinoamericana, Mateo 27, 46

algunas como Job, se preguntan si tan grande es su culpa para merecer tal castigo, otras como Jesús claman al padre ¿porqué, por qué me has abandonado? Sin percatarse de su presencia allí en esa situación, en ese momento y lugar; sin darse cuenta que Dios no los abandona y nunca lo hará, que Dios los ama como padre misericordioso, no como juez vengativo y que por tanto no es castigo lo que quiere para ellos, sino redención.

También Pablo, consciente de esta realidad humana, desea ayudar a sus hermanos de Corinto a tomar conciencia, a estar “prevenidos”: *“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros. Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios.”*⁸

Sin duda Pablo quiere advertir a la comunidad de Corinto que la vida en Cristo, no garantiza la felicidad completa, al contrario, seguimos siendo vasijas de barro que llevamos un tesoro, el tesoro más bello y especial del mundo el Espíritu de Jesús que habita en nuestros corazones, ese espíritu que se nos dio a cada uno de nosotros, pero que para recibirlo, un hombre, el que más nos amó, debió pasar

⁸ Sagrada Biblia Latinoamericana, 2 Corintios 4, 7 - 15

por la experiencia de la muerte en la cruz, por ser coherente, por mantenerse fiel a su misión a su lucha por la proclamación del reino.

Retomando las palabras de Albert Vanhoye S.J.: *“Jesús anticipa la propia muerte y la hace presente en el pan partido y compartido, que será su cuerpo, y en el vino que será su sangre derramada, transformando así la propia muerte en ofrenda de amor extremo. No es posible imaginar una generosidad más grande que esta, ni una transformación más radical del acontecimiento mismo”*⁹

Que mensaje tan hermoso, que confirmación y ejemplo más grande de Jesús: transformar un acontecimiento tan difícil y doloroso como la muerte en cruz, por una ofrenda de amor. Por eso, el pasaje de Pablo a los corintios nos recuerda que la muerte es solo un paso, siempre doloroso, a veces necesario a “la vida”, a la vida verdadera, a la vida con sentido; para ello tenemos que hacer como Jesús soltar, soltarnos entregarnos a su amor y decir como Él: “Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu”. A partir de ese momento permitimos de verdad que Dios realice su obra salvadora.

Es de esa experiencia “de muerte”, de “sin sentido” de “oscuridad”, de la cual nos habla San Ignacio y que como ayer, sigue invadiéndonos y confrontándonos hoy. A la par de muchos momentos de alegría, de triunfo, de gozo, de objetivos logrados, de metas alcanzadas, de sueños hechos realidad, encontramos situaciones y momentos que no nos permiten experimentar el amor de Dios en el corazón, que le quieren robar la paz, que producen sentimientos de miedo, de desconfianza, de desesperanza y esa sensación de sinsentido que termina paralizando y agrietando el alma. Es esta la “desolación” que menciona San Ignacio en su libro de Ejercicios Espirituales¹⁰; que no debe confundirse con

⁹ Vanhoye A. “La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida consagrada” en: *Manresa* 77 (2005), 301-302.

¹⁰ San Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales y Autobiografía de San Ignacio de Loyola. Editorial Kimpres Ltda. Bogotá 2012, 116

depresión, aunque tenga algunas de sus características, pero que al igual que aquella, debe ser tenida en cuenta y requiere reconocerla como parte integrante de nuestra vida, que puede llegar en cualquier momento (no solamente durante los Ejercicios Espirituales) y que bien manejada nos ayuda a fortalecer nuestra voluntad y acrecentar la fidelidad por nuestro creador.

4. La resurrección, e verdadero sentido

La muerte es simplemente el paso a la resurrección J M Castillo¹¹

El nuevo testamento es claro, no duda en recordarnos que sí Cristo ha resucitado, nosotros también resucitaremos. Y, en su libro Teología para Comunidades Castillo establece una diferencia entre dos términos: Resucitar y revivir.

Revivir, nos dice, “*es volver a la vida antes de la muerte...*” y resucitar, “*...es vencer definitivamente la muerte, por consiguiente, escapar ya para siempre de ella*”.¹² Entendiendo perfectamente sus palabras y, asumiéndolas textualmente, es claro que desde esta perspectiva, Jesús Resucitó, esa es nuestra fe y también es nuestra esperanza cristiana. Pero, realizando también una analogía, podemos decir que cada vez que nosotros “morimos” a situaciones, apegos, creencias que nos consumen y esclavizan, podemos desde esa vida en Cristo, hacer verdaderas resurrecciones, porque volvemos a una vida diferente, con un sentido diferente, llena de Él y de su gracia. Esa es también una forma de resurrección, una resurrección desde el Espíritu, que nos prepara para el día definitivo, el día de la resurrección de los muertos.

Los primeros apóstoles fue precisamente esa, la resurrección que experimentaron. Porque el Nuevo Testamento nos narra algunas apariciones de Jesús: a las

¹¹ CF., J M Castillo. *Teología para Comunidades*. Ediciones Paulina. España, 1990, 174.

¹² Ibid, 170

mujeres en la tumba, a sus discípulos en el lago, a los discípulos de Emaús, a Tomás; pero no fueron ellos los únicos que experimentaron y vivieron esta resurrección, en general fue así para los primeros cristianos: *“viviendo realmente la guía y la inspiración constantes de Jesús como la herencia del Espíritu, del Espíritu de Dios”*¹³ Para ellos la muerte de Jesús no fue un obstáculo para tener la sensación de que Jesús seguía con ellos, guiándolos y acompañándolos. En aquella época y lugar, en palabras de Nolan, *“Jesús fue experimentado como la ruptura decisiva de la historia del hombre... Era el equivalente a Dios. Su palabra era la palabra de Dios... Creer en Jesús era asunto de vida o muerte,... O se acepta el reino tal como Jesús lo concibe o no se acepta... Se trata de todo o nada... Creer en Jesús, es creer en su divinidad.”*¹⁴

Por eso asumir la resurrección de Cristo, es asumir su vida en nosotros, es pasar de la muerte a la vida del reino, a esa vida que nos hace libres de las opresiones del pecado, del pecado personal que tiene su fuente en el egoísmo y del pecado social que, como bien lo refiere Castillo, tiene su semilla en la búsqueda y la ambición por el dinero, el poder y el prestigio.

Por eso el dolor, el sufrimiento humano, la desolación de las almas solamente pueden tener un sentido, el mismo que les dio Jesús: la necesidad de un compromiso real por el Reino, ese reino que busca la justicia y la liberación, ese Reino al que JM Castillo, llama “utopía”, en el sentido de una construcción permanente que tan solo será completa el día de nuestra resurrección definitiva, pero que mientras tanto, podemos ir alcanzando poco a poco, como lo hicieron los apóstoles, que entendieron en medio de su dolor, de su temor y de su desorientación, que debían permanecer juntos, que era importante seguirse apoyando y apoyando a los demás y recordar, desde el compartir del pan todo aquello que Jesús había sembrado en sus corazones.

¹³ Albert Nolan. *Quien es este hombre. Sal Terrae. España, 2009, 219.*

¹⁴ *Ibid*, 220 - 221

Otras dos claves para ese hallar a Dios, la vida comunitaria, y la entrega al otro para la construcción del Reino. Hace pocos días leía una frase que hacía referencia a la generosidad de quienes poco tienen y hoy, creo que esa generosidad es sencillamente la certeza de que en el servicio, además de hallar a Dios, nos olvidamos de nuestro propio egoísmo y podemos disfrutar la alegría que genera el verdadero encuentro con el otro y la búsqueda de su bienestar. No cabe duda, si algo nos duele, lo mejor para encontrar a Dios en ese momento es unirnos con otros en su nombre, para servir y celebrar la vida compartida. Esa es una muerte y resurrección en Cristo Jesús.

5. Hallar a Dios en todas las cosas

En la hora de la prueba, la fe nos ilumina y, precisamente en medio del sufrimiento y la debilidad, aparece claro que « no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor » (2 Co 4,5). Francisco¹⁵

En su autobiografía, San Ignacio en el numeral 99 manifiesta: ...había ofendido mucho a nuestro Señor, después que empezó a servirlo, pero que nunca había tenido consentimiento de pecado mortal; más aún, siempre había ido creciendo en devoción y facilidad para encontrar a Dios. Y entonces, más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería, lo encontraba...”¹⁶

Este capítulo XI de la autobiografía, nos muestra ese caminar de Ignacio, en el cual el servicio, la Eucaristía, la oración (en la mañana o durante el examen al anochecer) son momentos privilegiados para el encuentro con su Señor. Además, de acuerdo con las palabras de Josef Stierli, S.J., en su libro *Buscar a Dios en*

¹⁵ CF, Ibid S.S. Francisco. <http://www.vatican.va>. Ciudad del Vaticano. 2013, 77.

¹⁶ ¹⁶ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales y Autobiografía de San Ignacio de Loyola*. Editorial Kimpres Ltda. Bogotá 2012, 62

Todas las Cosas¹⁷, para San Ignacio la devoción consiste en una “facilidad de encontrar a Dios” y esta “facilidad de encontrar a Dios” no cesó de crecer en él. El camino tomado por el Santo, visto desde el punto de vista de nuestra fe católica incluye la oración trinidad, su amor por Jesucristo, el compromiso con la Iglesia, desde una vida en el mundo y para el mundo, porque es importante recordar que la espiritualidad de Ignacio, durante mucho tiempo fue una espiritualidad laical.

Ladinez, referido por Stierli en el mismo libro, refiere que Ignacio ha recibido una gracia muy poderosa, *“la de sentir y de contemplar la presencia de Dios y de tener el sentido espiritual en todas las cosas, en todas las acciones y en todos los encuentros; de ser un contemplativo en la acción, lo que él tenía la costumbre de expresar diciendo: es necesario encontrar a Dios en todas las cosas”*¹⁸

Tratando de comprender estas palabras, particularmente en el tema de hallar a Dios en el sufrimiento, es evidente que San Ignacio logró una integración entre su fe y la realidad de mundo, integración que lo impulsa al servicio a Dios en el servicio a los demás hombres. Tal cual como lo vio en el mismo Jesús, de quien se hace compañero por la salvación del hombre, entendiendo su cruz como una síntesis de todas las cosas, la creación de Dios padre, que desea redimir y por la cual se entrega, hasta la muerte, la muerte en cruz.

6. Espiritualidad Laical Ignaciana, para Hallar a Dios en el Dolor, en la angustia y en la desolación

“Encontrar a Dios en todas las cosas no es un eureka empírico... así no se encuentra a Dios. Se le encuentra en la brisa ligera de Elías... Ignacio quiere que abracemos la sensibilidad espiritual y así encontramos a Dios más allá de un contacto puramente empírico: es el sentimiento del que va por el camino bueno de la comprensión y del afecto frente a las cosas y las situaciones. Señales de que estamos en ese buen camino son la paz profunda, la consolación espiritual, el amor de Dios y de todas las cosas en Dios.” Francisco¹⁹

¹⁷ Josep Sterli, *Buscar y hallar a Dios en todas las cosas*. Chercher Dieu en toutes choses, vie au cour du monde et prière ignacienne. Le Centurion, Paris, 1985, 76.

¹⁸ CF, Ibid S.S. Francisco. <http://www.vatican.va>. Ciudad del Vaticano. 2013, 78.

¹⁹ Entrevista a S.S Francisco. Revista Razón y fe. Mayo 2013.

Y entonces, ¿cuál es el camino cuando nuestro ser se siente desgarrado por la tristeza y la desolación? ¿Cómo saber que este es para mí el camino correcto?

Ciertamente no hay un solo camino y mucho menos un camino correcto, por eso, lo que a continuación compartiré, es mi camino, un camino recorrido tras un dolor, no un dolor puntual, un dolor que se acompañó de muchas angustias, de tristezas, de desolaciones y de sensación de fracaso... podría decir que fue mi propio camino hacia la cruz, que me llevó a “la muerte”, a una “gran tristeza”, a una gran “desolación”, pero que no quedó ahí, que recorrido desde la fe, desde la docilidad, desde la humildad, ha traído a mi alma la paz, el amor vivo del padre en mi corazón y ante todo la esperanza.

Este fue mi recorrido, que hoy miro como un camino de Gracia, de la gracia y el amor del padre, que encuentro hoy presente **en todas las cosas**.

6.1. Permitirnos sentir dolor, no temerle ni evitarlo.

*Deja que te duela, llora todo lo que puedas,
pero no permitas que la tristeza se prolongue más de lo necesario.
Christiam Baez (Acción poética de Mexico)*

Hay experiencias de vida, como lo dije anteriormente, verdaderamente dolorosas. Una pérdida inesperada de un ser querido, un secuestro, una enfermedad de aquellas que el sistema de salud llama “catastróficas”, una ruptura matrimonial, el fin de un sueño, en fin, cada uno de nosotros, como seres humanos habremos estado enfrentados a esos momentos difíciles y dolorosos.

En un mundo como el nuestro tan hedonista y centrado en el placer, como lo es el nuestro, es fácil caer en la tentación de intentar huir al dolor, de negarlo, de justificarlo; pero esto no soluciona nada, los problemas cuando se evitan o enmascaran no desaparecen y generalmente lo que hacen es tomar más fuerza,

agrandarse poco a poco hasta convertirse en un verdadero alud que al final resulta casi imposible de manejar y más nocivo que la situación que le dio origen.

Obviamente, esto no quiere decir ¡quedarnos en el dolor!, porque en ese caso estaríamos hablando de enfermedad, de “depresión” que se refiere a aquel dolor que no se va a pesar del tiempo que hemos tenido para sanar la herida. Desde la psicología sabemos que hay tiempos “aproximados” en los cuales se espera que tras una situación difícil una persona logre recuperarse de ella y regresar a lo que llamaríamos su “homeostasis”; no solamente se habla de un tiempo esperado, también se habla de un proceso deseado, que implica llorar o enojarse antes de “aceptar”

Recordemos el pasaje del evangelio que narra la muerte de Lázaro:

“Entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto” (...) Apenas Marta supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María permanecía en casa. Marta dijo a Jesús: “Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. (...) Al ver Jesús el llanto de María y a todos los judíos que estaban con ella, su espíritu se conmovió profundamente y se turbó. Y preguntó: “¿Dónde lo han puesto?” Le contestaron: “Señor, ven a ver”. Y Jesús lloró.”²⁰

Son las lágrimas que brotan del dolor, del sufrimiento, de la tristeza ante un hecho que lastimó a Jesús: La muerte de su amigo y el dolor de sus hermanas ante ella. ¡Hasta en ello nos dio ejemplo Jesús! Qué iba a hacer después, cómo se iba a mostrar la gloria del padre, eso aún no existía, sencillamente en ese momento se dio el tiempo y el permiso para mostrar su dolor, para llorar a su amigo, como cualquier ser humano lo requiere en un momento así.

²⁰ Sagrada Biblia Latinoamericana, Juan 11, 14.20.33-35

6.2. Oración.

“Para mirar la realidad hace falta una mirada de fe, porque sino, se contempla una realidad fragmentada, dividida.” Francisco²¹

La oración es de acuerdo con el maestro Ignacio, un proceso creciente, que requiere práctica y voluntad, y que si bien está en nuestras manos, no depende necesariamente de nosotros, porque como dice San Pablo en la carta a los Romanos, es el Espíritu mismo el que ruega por nosotros, para que se haga en nosotros la voluntad del Padre. Pero no todos y no siempre tenemos la misma facilidad para hacer oración, hay personas o momentos en los cuales el encuentro con el Señor no resulta fácil, acallar los pensamientos y abrirse a escuchar la voz de Dios no resulta fluido.

Por eso es importante tomar conciencia de que no somos nosotros los que realizamos la oración, es el Espíritu Santo que habita en nuestros corazones y nos ayuda a ponernos en sintonía con el Creador, nos ayuda a comunicarnos con él, a reflexionar con fe, con la certeza de que somos sus hijos amados y que como padre bueno escucha nuestra plegarias. Pero orar no se limita a nuestro hablar, requiere como en toda relación un canal de comunicación de doble vía, que implica escuchar a Dios, lo que nos dice, lo que nos muestra, lo que nos hace sentir. Por tanto ese orar conlleva tomar conciencia de esa voz dentro de nosotros, que se revela por medio de mociones, movimientos que nos van impulsando para hacer su voluntad.

De tal forma que la oración tan solo requiere confianza y voluntad. Confianza en el Padre, presente en ella y dispuesto a regalarnos su amor. Y voluntad para hacer realidad ese encuentro maravilloso. Porque la única forma de cultivar una relación es comunicándose con el otro, dialogando con él, haciéndole sentir amor y dejando transformar tú la vida por la suya, a partir del encuentro mutuo.

²¹ CF, Ibid S.S. Francisco. <http://www.vatican.va>. Ciudad del Vaticano. 2013, 77.

Particularmente, en aquellos momentos difíciles, en los cuales nos sentimos secos, desolados y tristes, la oración se hace aún más importante, pues como refiere Francisco en *Lumen Fidei* “*Hablar de fe comporta a menudo hablar también de pruebas dolorosas,..., porque en la debilidad y en el sufrimiento se hace manifiesto y palpable el poder de Dios que supera nuestra debilidad y nuestro sufrimiento*”.²² En este caso la oración se convierte sencillamente en un descansar en Dios, en un saber que su Espíritu está ahí, que es su Espíritu el que nos hace fuertes en la debilidad... nada más, esa es ya una gran oración, sentarnos frente a Él y dejar que su abrazo nos cobije, con la certeza de que los frutos de esa oración llegarán en su momento y de la forma más conveniente para nosotros. Tal como cuando Jesús con fe plena en el Padre dijo: “*en tus manos encomiendo mi Espíritu*”

Producto de la oración y de la acción del Espíritu en el corazón es la paz, el aumento de la certeza del amor de Dios, de su presencia en nuestros corazones y en nuestra vida; certeza que como a Jesús, nos da la tranquilidad de soltar, de entregarle a Él nuestras preocupaciones, temores, dudas, miedos y sobre todo nuestra esperanza, la esperanza de una vida plena, de una vida llena de sentido, de una vida colmada de su misericordia y de su gracia. Al soltar, nos hacemos indiferentes, dejamos de luchar y nos volvemos dóciles, logramos encontrar ese principio y fundamento del cual nos habla San Ignacio: ser felices, amando a Dios nuestro creador y utilizando las cosas tanto cuanto nos acerquen hacia ese fin... sin aferrarnos a nada más que a la certeza de Su amor en nuestros corazones y en nuestra existencia.

6.3. Autocuidado

“La culpa jamás ayudará a alcanzar la libertad en Dios.” W P Young²³

²² CF, Ibid S.S. Francisco. <http://www.vatican.va>. Ciudad del Vaticano. 2013, 76.

²³ W P Young, *La Cabaña*. Editorial Diana, S.A. de C.V. México 2009, 142

Al igual que ocurrió con Job, es muy frecuente que ante las tribulaciones y dificultades de la vida caigamos en ese juego psicológico de juzgarnos y culparnos por lo que acontece, permitiendo que surja la sensación de ser “merecedores” de algún tipo de “castigo por acciones realizadas”, como lo expresa Job cuando dice que aquello que está ocurriendo es producto del “pecado de su juventud”²⁴.

La culpa jamás podrá ser sana y, lo más grave, es que ese sentimiento de culpa siempre viene acompañado de la certeza del castigo y así en forma más o menos consciente, el ser humano empieza a buscarlo... sus defensas bajan, sus facultades intelectuales se debilitan, su salud se quebranta, su estado anímico se altera, con las consiguientes afectaciones en sus relaciones interpersonales, en su rendimiento laboral o académico y en general en su vida cotidiana.

Para contrarrestar lo anterior es necesario ante el dolor, ante las crisis, tomar conciencia de la importancia y el valor que se tiene como ser humano; tener presente por encima de cualquier sentimiento negativo ese amor de Dios dirigido hacia sí mismo, que busca el bienestar, que acerca a lo bueno, e impulsa al crecimiento es fundamental. La culpa por el contrario, actúa en forma inversa y generalmente lleva hacia la autodestrucción.

Es posible que al principio en una situación de crisis esto no resulte tan sencillo, por lo tanto es algo que inicialmente conviene asumir como una especie de “tarea”: contemplar un hermoso paisaje, regalarse una tarde de café con aquel/la amigo/a especial, o realizar aquel paseo que siempre se había aplazado; en fin, cada persona sabe lo que le agrada, le sirve y le da felicidad, y en eso consiste este autocuidado, en consentirse a sí mismo; aunque al principio no fluya fácilmente y la tristeza de la crisis o el sinsentido de la desolación no inviten a ello. Por eso precisamente al principio será como una tarea, que poco a poco se convertirá en un buen hábito para mantener y cultivar.

²⁴ Sagrada Biblia Latinoamericana, Job 13, 26

6.4. Acompañamiento:

“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar con ellos”²⁵

En su libro “Orar y discernir en la Espiritualidad Ignaciana” Julio Jiménez, S.J. refiere la importancia del acompañamiento espiritual en tres puntos fundamentales:

“Primero:

Porque la fe se trasmite de persona a persona y el testimonio del acompañante espiritual es de enorme importancia para la fe de cada uno”

Segundo:

Porque cuando se trata de la oración, uno se puede perder fácilmente, confundir y desolar. Y es ahí cuando el Acompañante Espiritual ayuda a que uno reencuentre el camino. Él o ella te ayudará a que vayas descubriendo lo que Dios te va diciendo...

Tercero

Porque el Acompañante Espiritual es un compañero que está para darle a uno la mano en cualquier necesidad”

Como psicóloga tengo claro que la experiencia del acompañamiento es importante y muy necesaria, especialmente en ciertas épocas de nuestra vida, porque se convierte en una oportunidad privilegiada para revisar procesos con otro, quien haciendo las veces de espejo te ayuda a “ver”, a fijarte, a comprender a confirmar o descartar aquello que individualmente puede generar confusión y caos, aquello que puede percibirse incompleto o dañado. Esto vale tanto para el acompañamiento Espiritual, como para el acompañamiento Psicológico.

En momentos de crisis, esta “visión” puede nublarse aún más y alterar significativamente la percepción – de sí mismo, del otro, del mundo, de Dios – con

²⁵ Sagrada Biblia Latinoamericana, Lucas 24, 13

el riesgo que ello conlleva: relaciones intra e interpersonales alteradas, incremento de los sentimientos de culpa, baja en la autoestima, disminución de la capacidad de dar, de producir y de crecer. El acompañante poco a poco va ayudando a matizar, a centrar nuestra mirada en lo relevante y empezar a dejar a un lado o relativizar aquello que solo conlleva a mayor dolor y desolación. Además ayuda a ver tras esa situación la acción de Dios actuante en nuestras vidas y de Jesús acompañándonos en nuestro caminar.

6.5. Vida Comunitaria:

*No había entre ellos ningún necesitado,
porque todos los que poseían campos o casas los vendían,
traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles,
y se repartía a cada uno según su necesidad.²⁶*

José María Castillo en el capítulo séptimo de su libro Teología para Comunidades²⁷, menciona que el significado de Dios para nosotros no se puede reducir a una moral individualista o a religiosidad; así como tampoco consiste en una práctica limitada de la caridad, porque de esta forma no se va a cambiar la sociedad, no se va a transformar la primacía del poder, el dinero y el prestigio por el regalo del servicio, la generosidad y la fraternidad.

Para hacer realidad este cambio lo primero que hizo Jesús, de acuerdo con Castillo, fue reunir una comunidad, un grupo de personas que estaban siempre con él y vivían como Él; personas con un vínculo que los unía muy estrechamente, características que corresponden a una comunidad de discípulos.

Esta comunidad escucha el mensaje de Jesús y se siente llamada a liberarse de todo apego efectivo y afectivo, de tal manera que todo lo que se es y se posee cobra sentido en la medida en que se comparte con los demás. Ese es el verdadero sentido de las bienaventuranzas y, la comunidad cristiana, es el lugar

²⁶ Sagrada Biblia Latinoamericana, Hechos 4, 34 y 35

²⁷ José María Castillo, Teología para Comunidades,

privilegiado para hacerlas realidad, en la medida en que se convierta en fuente de reconciliación y armonía entre todos los hombres. Para ello la actitud básica de la comunidad cristiana es el servicio a los demás, empezando por los propios de su comunidad.

Lo más bello de las palabras de Castillo, es que eso fue precisamente lo que encontré y lo que sé, puede encontrar un cristiano, cuando busca o permanece en comunidad ante la adversidad y el dolor: la generosidad que proviene de entregarse al otro, de dar al otro aquello que necesita en términos físicos o espirituales. Esa actitud de servicio que acude a acompañar al hermano en momentos de sufrimiento, a soportarlo cuando se siente desfallecer, a tomar “su carga” si es necesario, sin hacerlo sentir inferior, al contrario basando su relación en el servicio, el compartir y la solidaridad, con la certeza de que ese compartir podrá hacer real y viva aquella bienaventuranza “felices los que lloran, porque ellos serán consolados”, Jesús estaba seguro de ello, sabía que una comunidad de hermanos en la fe podía combatir el sufrimiento y el dolor y sembrar semillas nuevas para la construcción de un mundo más humano, de un mundo mejor.

7. Conclusiones:

*A veces Dios no cambia las circunstancias,
porque Él está usando las circunstancias para cambiarte a ti. Anónimo*

Este fue mi caminar, un caminar de aproximadamente un año, que al mirarlo retrospectivamente fue un caminar en la gracia y hacia la gracia... en lo que a primera vista podía parecer o quedarse como una des-Gracia.

Vista de esta manera cualquier situación de dolor, de enfermedad, de muerte, permite comprender la acción de Dios en nuestras circunstancias, aún en aquellas más dolorosas, con la certeza de que no es Él quien las provoca, pero que definitivamente Él si puede hacer mucho bien a partir de ellas.

Hoy no todo está solucionado, ni todo está sanado y tal vez lo que falta es aún mayor que lo recorrido; pero sin duda hemos crecido, he crecido. Con una certeza cada vez mayor de que la oración que permite descansar y entregarse a Dios; el acompañamiento que, al estilo de Jesús, soporta, escucha y camina a nuestro lado, el hacer realidad el amor de Dios en el cuidado por sí mismo y la alegría de recorrer el sendero de la vida junto a otros hermanos en la fe, son herramientas valiosas que Jesús mismo nos enseñó, para encontrar a Dios siempre, en todas las cosas, en todo momento y en cualquier circunstancia.

Lo mejor y más grande son los frutos que quedan, un corazón en paz, una vida más llena de sentido y un deseo muy grande por retribuir tanto amor y tanta gracia sirviendo a Dios en los hermanos. Ese fruto del Espíritu que impulsa hacia adelante, a no quedarse con lo recibido, a ir hacia el servicio a los demás, con el deseo de aliviar sus sufrimientos y compartir con ellos esa certeza del corazón: “que Dios nos ama infinitamente, con un amor tierno y misericordioso; que Jesús vino a este mundo para ayudarnos a comprender ese amor y para mostrarnos una forma de vida diferente, en la cual la generosidad, el servicio y la fraternidad sean la opción primera; que tanto creyó en ese nuevo mundo, que se mantuvo fiel a ello, fiel al reino de Dios, aunque esto lo llevó a la muerte; y que Dios Padre lo resucitó de entre los muertos para mostrar su triunfo, para dejarnos su Espíritu y regalarnos la certeza de que con Él, por Él y en Él otro mundo es posible, aún en medio de nuestra finitud.

COMENTARIO DEL TUTOR

HALLAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS, ESPECIALMENTE EN EL SUFRIMIENTO Y DOLOR

Trabajo de Gloria Hernández

El trabajo de Gloria, puede decirse que es la reflexión sobre una vivencia sentida, reflexionada, asumida en el dolor y que ella ha querido plasmar como fruto de su Fe y expresión del trabajo de esta última etapa de Magis IV.

“Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña...” (Papa Francisco en Lumen Fidei). Estas palabras que fueron el encabezamiento de su trabajo, resumen, diría yo, el esfuerzo de Gloria por llevar a su vida del día a día lo que ha sido estudio y vivencia de este año de 2013.

En un recorrido que apela a las Escrituras, a la Espiritualidad Ignaciana y al sentimiento de lo vivido va desarrollando cómo a Dios se lo encuentra en todas las cosas y cómo ese encuentro con el sufrimiento acerca aún más a Cristo y le enseña a participar en la misma mirada de Cristo.

A lo largo del escrito se puede demostrar que las lecturas y el trabajo del año en el programa Magis IV, fueron correctamente utilizadas, aunque la fuerza de este descansa especialmente en lo vivido. Como algo curioso, “esto vivido” no aparece por ninguna parte y teniendo conocimiento de lo que motivó su escrito, no sé si le hubiera dado más fuerza, al expresarlo de alguna manera, de modo que no quedara como una vivencia teórica sobre el dolor, sino que el dolor se reflejara más vivamente en la vivencia.

Comprendo perfectamente que esta observación puede nacer de un abuso de mi parte, por el conocimiento privilegiado que tengo del hecho, pero fue el sentimiento que tuve a lo largo de la lectura; sin embargo comprendo también que no era tarea fácil desgranar los acontecimientos para que fueran conocidos por el lector. Tengo de trasfondo los libros de Viktor E Frankl que tienen a su espalda toda la experiencia terrible de la Europa Central durante la guerra, sin que falte el sufrimiento del campo de concentración.

Gloria termina su exposición afirmando la necesidad de acudir a ciertas prácticas esenciales en la vida de la Iglesia y de la Espiritualidad Ignaciana: la Oración, el Acompañamiento y la Vida Comunitaria, Añade una más, el Autocuidado, por el cual se libera de todo complejo de culpa, al que puede conducir un sufrimiento prolongado.

No puedo menos de felicitar a la autora del trabajo, pues logró hacer compatibles, de manera muy profunda, lo teórico con la experiencia de las circunstancias vividas. Su trabajo, en otras palabras, no es, simplemente, el producto de un estudio teológico-espiritual, sino además de eso, el reflejo de un compromiso de vida que quiere ser vivido en la obediencia humilde a la voluntad de Dios. Como ella misma concluye: “A veces Dios no cambia las circunstancias, porque Él está usando las circunstancias para cambiarte a ti”.

EDUARDO URIBE F., S.J.